



¡Bendita seas...!

(A D. Antonio Arzác)

Egia alde guztietan
Toki onak badira
Baña biotzak dio
Zuaz Euskal-errira.

IPARRAGUIRRE.

Abstraído, con avidéz insuperable, deleitábame leyendo una de las bellísimas páginas de Trueba, del inmortal Trueba que, con sus cantares y narraciones inimitables lleva al corazón del euskaro ausente de su patria esa dulce emoción, ese inefable placer que los elegidos de Dios debían sentir cuando arrobados en éxtasis misteriosos abandonaban con el pensamiento el mundo de los hombres para llegar en alas de la fê cristiana á las regiones de los espíritus inmortales. Gracias al más sincero narrador, creía yo tan pronto asistir á una de aquellas batallas en que el valor surgía por doquier para defender la independencia ansiada, como ser testigo de uno de esos episodios sencillitos y tiernos que, si sirven de blanco de sus burlas á los que sopretexento de que son amantes del progreso desechan de su alma toda idea noble, nos saben á gloria á los que la luz de ese mismo progreso nos ayuda á tener co-

razón que sabe sentir y á poner á la cabeza de nuestros amores el amor al rincón que primero vimos en este mundo al abrir los ojos á la luz del sol. Gracias al historiador desapasionado, presentábase ante mis ojos como visión lejana, mi patria tal como en tiempos pasados fué; admiro las proezas aquellas en que siendo protagonistas los invencibles bascos se llevaron á cabo con asombro del mundo entero; encuentro en todas las páginas de su historia hazañas que recordar, glorias que admirar; hechos que conmemorar; héroes emprendedores á quienes el peligro no arredra ni la fuerza hizo nunca sucumbir; mujeres valerosas que arrojan de su patria á quien con ella se muestra hostil; niños que ayudan á sus padres en las batallas contra el extranjero que intenta subyugarla... Causanme admiración sus marinos que, despreciando el embate de las olas se lanzaban, impávidos ante el peligro, con un puñado de hombres, á conservar incólume la pureza de su bandera y arrancarla de manos de sus enemigos que quieren profanarla, volviendo luego triunfantes á depositar á sus piés su arrojo y entusiasmo por si de nuevo los necesita...

Y recordaba que bascongado fué el primero que anhelando tan solo añadir un timbre glorioso al nombre de su patria, rodeó en frágil barquichuela al mundo entero; que bascongado fué el héroe de Trafalgar que entre el estampido de los cañones y el estallar de granadas despreció su vida para que una vez más se confirmara el nunca desmentido heroísmo de sus paisanos; que bascongado fué quien á sus soldados sitiados hacía largo tiempo, dió toda su plata para que fabricándose con ella balas con que pelear, supiera el mundo que hay un país que desprecia todo para salvar el honor; que bascongada fué la heroína que, disfrazada de hombre, realizó en países extranjeros hazañas heroicas para atestiguar ante los extraños que en el corazón de la mujer euskara arde la llama del patriotismo con intensidad no menos viva que en el del hombre; que bascongado fué aquel cuya fama extendieron sus mismos enemigos declarándole invencible en el dominio del mar que le disputaban, y que bascongados han sido otros mil que siempre animosos, siempre valientes, lanzábase á la lucha sin vacilar y con un entusiasmo santo, cuando se trataba de defender con sangre su idolatrada tierra...

Ví un pueblo vencer á cuanto invasor la pisara, ví un pueblo cuyo único anhelo era ser libre, y cuando en medio de tanto cuadro sublime, de tan mágica visión, ví alzarse gigantesca la figura de un roble

lozano y fresco á cuya sombra se acogía el pueblo todo, como si ella le infundiera valor para pelear contra el mundo entero, si el mundo entero intentara arrancar una hoja del árbol secular, con lágrimas en los ojos exclamé entusiasmado:

La tierra de los fueros
Era la tierra mejor.

* *
* *

Y merced al labrador á quien el cariño á su país hizo poeta, yo que me hallaba en Madrid, me imaginaba ver aquí, muy cerca, cuanto la pluma ingénua de Antón el de los Cantares ha inmortalizado narrando sin artificios de hueca palabrería, lo que su corazón de niño le dictaba; veía resaltar sobre el pintoresco verde de nuestras montañas bajo un cielo extenso como el mar y hermoso como la gloria, los blancos caseríos rodeados de nogales y cerezos cuyas ramas doblábanse con el peso de tanta fruta y cobijaban cariñosos á su sombra los escudos que, labrados en piedra sobre la gran puerta principal, parecían decir: «Entrad, pobres son, pero hidalgos; faltará oro pero hay nobleza de sangre y corazón»; veía á nuestros fornidos *gizones* subir por la empinada cuesta animando con el varonil ¡*Aida!* á los bueyes que con paso mesurado, conducen trabajosamente la enorme carreta cargada de doradas mazorcas de maíz, sobre las cuales un niño sonrosadito como las cerezas del árbol, agita alegre sus bracitos exclamando también de vez en vez ¡*aida!*; veía al imprescindible «*Pin̄to*» salir juguetón al encuentro del amo que llegaba y brincar alegre al juntarse con el que le acariciaba, saludar con dos ladridos al pequeñín que sonreía al ver tan jovial á su compañero de travesuras, y emprender veloz carrera hacia casa para salir al poco rato acompañado de una mujer sana y hermosota como manzana en sazón... ¡Magnífica escena! la cariñosa madre con palabras dulces, gestos alegres y palmadas sonoras gozabase en impacientar al niño que se removía en lo alto extendiendo sus bracitos hasta que ésta cogiéndole en los suyos vigorosos dióle tres besos apretados y chillados que, como dice el mismo Trueba, son la cosa más rica del mundo; veía en una cocina una familia reunida al redor de tosca mesa de madera ennegrecida por el humo, rezar devora

una oración en la lengua de Aitor, cenar luego á la luz de antigua candileja, la clásica *borona* que lucía su color de oro flotando en la blanca leche que rebasaba el enorme tazón de barro y reunirse después con los vecinos para contar cuentos

junto á la lumbre
junto á la lumbre
donde hay cabezas rubias
y ojos azules; (1)

oía las alegres carcajadas de las muchachas que al anochecer volvían á sus casas atravesando cañadas y castaños con la pesada herrada de agua fresca en la cabeza; escuchaba las canciones de amor que entonaban cerca de ellas los mozos de la aldea; creía luego presenciar uno de esos cuadros sin par en la tierra que presenta un pueblo que se recrea al son de un *tamboril* y un *chistu*, un pueblo que se divierte unido cual si fuera una sola familia; un pueblo que goza sin presentimientos que limiten sus alegrías, un pueblo que para solazarse necesita como escenario las montañas que rodean la aldea, como techo el cielo que la cubre, como luz la del sol que la alumbra, un pueblo que quiere toda su patria para vivir, todo su aire para respirar... Y al ver cómo ese pueblo acoge con júbilo el verdadero progreso, venga de donde viniere, y arroja de su seno al extraño que intente introducir en sus montañas la menor ráfaga de perversión, al contemplar ese pedazo de gloria que para envidia del mundo cayó en un rincón de España, me siento orgulloso porque experimentaré el placer más grato para mí, la satisfacción más anhelada por mí, cual es la de oír que

La tierra de los euskaros
Es la tierra mejor.

*
* * *

Y ensimismado con la idea constante, pensé en lo que mi patria será Y ví un país que trabajaba siguiendo las huellas de sus padres; ví el heroísmo y valor de unos ancianos convertirse en ideas luminosas, en ciencia de unos niños; ví un país progresar á pasos agigantados,

(1) Trueba.— *El libro de los cantares*

descollar entre los demás por el esfuerzo inagotable de sus hijos. Y el progreso no borraba como en otros lugares las tradiciones que eran aquí de generación en generación cuidadosamente transmitidas; no hacía olvidar las leyendas populares que las madres infiltraban en el corazón de sus pequeñuelos desde que podían comprenderlas; no desechaba, como pueriles nimiedades, fiestas y entretenimientos que los extraños creían incompatibles con la luz del adelanto. Y así, el pueblo euskaro armonizaba las corrientes contemporáneas de civilización con su personalidad innata. *¡Tradición y progreso!*; ésta era la divisa que guiaba á los euskaros del porvenir, éste era el lema que ostentaba nuestra bandera al flamear arrogante sobre las demás y en virtud de esas palabras puestas en práctica por cuantos sientan latir en sus venas sangre euskara, pasaremos triunfante la enseña de un pueblo que no admitirá rival y podeis afirmar desde hoy, si estais dispuestos á hacer un noble esfuerzo que, como antes y ahora, siempre

La tierra de los bascos

Será la tierra mejor.

*
* *

Yo que cifro mi mayor dicha en haber nacido en este rincón de España; yo, que esté donde esté sufro una oleada de entusiasmo cada vez que recuerdo mi Euskaria; yo, que tantas veces lejos de ella, á ella he dirigido mis pensamientos, lloraba de júbilo al verla tan feliz, tan hermosa... Tú, para mí, Euskaria querida, eres la vida. Cuando te veo, cuando te admiro, cuando desde cerca te contemplo, mis labios imitando al corazón sonríen; cuando estoy lejos, cuando solo te veo con los ojos del alma, cuando no estoy contigo, mis ojos lloran. Tú eres mi constante pensamiento; despierto, siempre te tengo presente; dormido, sueño contigo. ¡Cuántas veces, cuántas, patria mía, lejos de tí, solo, para abstraerme mejor, recordándote han brotado de mis ojos lágrimas de felicidad! ¡Cuántas veces en esos momentos he creído que Dios al mirarte se recrea en la contemplación de su mejor obra! Porque ahí estás como testigo que pregona á voces tu misma belleza; ahí estás, hermosa sin par, rosa sin espinas, jardín amenísimo donde no se ven abrojos y abundan flores desconocidas fuera de tí; ahí estás diciendo

al mundo entero que no hay mejor dicha que el haber nacido en tu seno; ahí estás defendida por hombres de raza hercúlea por héroes que hicieron temblar al Universo, por seres que si son fieros en la guerra y nunca ante nadie doblan á la fuerza su cerviz, lloran la desgracia de un semejante y se conmueven ante el llanto de un niño. Ahí estás, sí, única diferente de los demás pueblos. Porque tus cielos

más azules me parecen
más floridas las montañas
más perfumado el ambiente
y más hermosa la vida
y menos triste la muerte.

Tus riachuelos no son como los demás, tus florecillas no son comparables á las otras, tus pajarillos no son como los que no son tuyos... Las olas de tus mares son distintas, de tus fuentes no fluye el agua como en las demás, la sombra de tus árboles, tu sol, tus días, tus noches para mí son distintas. Sí lo son, porque ni los riachuelos al correr entre breñas se destrenzan con tanta gracia y soltura, ni las flores despiden aroma tan fragante como las de tus prados, ni los pájaros revolotean tan alegres ocultándose entre cerezos, ni las olas sobre la arena se explayan con tanto mimo, ni las fuentes vierten agua tan cristalina, ni la sombra de los árboles es tan dulce, ni el sol tan tibio como el tuyo, ni los días tan risueños ni las noches tan poéticas como las tuyas...

¡Patria mía, patria mía! Si como esperamos tus hijos te conservas siempre cual eres ahora, no permitas que me aleje jamás de tí. En tí vi la luz, en tí quiero dejar de verla y cuando la vida me falte, cuando ya no puedas disponer de mí, cuando éste hijo tuyo ya no exista

Que las flores de tus montañas
Adornen mi sepultura.

Y entonces mira al cielo, mira al cielo que quizá en el pedazo que te cubre distingas dos ojos que desde allá arriba te contemplen...

Pero si has de verte descompuesta por el vicio que corroe á otros pueblos, si no has de mantenerte pura como siempre fuiste, si con pretexto de progreso mentido ha de borrarse tu personalidad, si ves que tus verdaderos hijos no podemos impedir que te corrompan, hún-dete, desaparece del mundo y llévame contigo.

*
* *

El estridente sonido de un piano de manubrio que tocaba el obsceno tango de moda, me hizo volver á la realidad. Me pareció que profanaban á Trueba, que ultrajaban á mi patria... Y el tango era coreado entre dientes por gente maleante.

¡Dios mío, Dios mío! ¿Pero será cierto que todos los hombres procedemos del mismo padre?

GREGORIO DE MÚJICA.

Madrid, Junio 1904.

EL PRIMER TELEGRAMA EN BASCUENCE



El diputado carlista Sr. Arana depositó el 25 del corriente en la estafeta telegráfica del Congreso un despacho redactado en lengua euskara, aprovechándose de los beneficios del reciente real decreto permitiendo la circulación de telegramas y telefonemas redactados en lenguas y dialectos regionales.

Dice así el despacho:

«Santiago Irala.—Ondárroa.

Aitoren izkuntz ederrean nere lagun eta erritarrai biotz barrengo oroipenak.—Teodoro Arana».

TRADUCCIÓN.—Saludo de corazón á mis amigos y paisanos en la hermosa lengua de Aitor.

